

Experiencias y representaciones masculinas de desempleo, subocupación y nuevos roles familiares. Del trabajo y el no-trabajo de hombres y mujeres

Rosa N. Geldstein

CONICET – Centro de Estudios de Población (CENEP)

Buenos Aires. Argentina

Introducción

Los efectos devastadores de la reestructuración económica en los años noventa sobre las condiciones de vida de los hogares de sectores populares del area metropolitana de Buenos Aires (AMBA) son bien conocidos. La principal respuesta a un contexto de inseguridad económica creciente fue redoblar los esfuerzos para obtener ingresos del trabajo. Estas prácticas incluyeron tanto la intensificación y la diversificación de las actividades de los proveedores habituales dirigidas a la obtención de ingresos laborales, como la movilización de más miembros al mercado de trabajo y la búsqueda de recursos económicos no laborales. Los *habitus*¹ de género, moldeados en las experiencias y prácticas familiares, conyugales y laborales de mujeres y varones a lo largo de sus cursos de vida, jugaron un claro papel en sus respectivas respuestas de adaptación y resistencia a la exclusión. Estas prácticas, a su turno, tuvieron consecuencias diferentes en los roles familiares y en la subjetividad de unas y otros, así como en las relaciones de poder, cooperación y conflicto entre los cónyuges.

El aporte de las mujeres ganó peso absoluto en la economía familiar por la intensificación de sus esfuerzos (productivos y reproductivos), y peso relativo por el menor éxito de los hombres. Las múltiples identidades femeninas de madre, ama de casa y administradora del hogar -ligadas tanto a representaciones sociales de altruismo femenino como a un *sentido práctico* (Bourdieu 1991) para evaluar necesidades y resolver problemas de escasez-, impulsaron la inserción productiva de las mujeres y, en general, su activa búsqueda de recursos (Geldstein 1994, 2001, 2004). Ellas aprovecharon las escasas oportunidades y también las generaron para desarrollar, intensificar y diversificar su oferta en la economía informal y para acceder a la ayuda de programas sociales. Transformaron relaciones y

¹¹ “disposiciones [durables] a actuar, percibir, valorar, sentir y pensar de una cierta manera más que de otra” (Bourdieu 1988, Gutiérrez 1997).

ámbitos femeninos y afectivos (familia extendida, escuela, iglesia, barrio) en capital social, relaciones económicas y “mercado local” para su oferta de bienes y servicios. Al hacerlo, ganaron autonomía y poder dentro y fuera del hogar. Ello ocurrió no sin resistencia de los compañeros que habían perdido o visto decaer sus fuentes de ingreso, autoestima y autoridad.

Este contexto reafirma la necesidad de *nuevos paradigmas* para dar cuenta de las relaciones de género (De Barbieri 1993, Friedan 1997). Siguiendo a Rubin (1986), De Barbieri propone la categoría de *sistemas de sexo/género*, más neutra y general que la de patriarcado, “puesto que deja abierta la posibilidad de existencia de distintas formas de relación entre mujeres y varones, entre lo femenino y lo masculino [y] la posibilidad de distinguir formas diversas en períodos históricos diferentes [... considerando] los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social” (1993:5-8)

Para Sen (1990) las relaciones de poder y los procesos de negociación en la pareja conyugal constituyen una clase especial de conflictos, la de los *conflictos cooperativos*, donde se juegan al mismo tiempo los intereses individuales y el interés colectivo y compartido del bienestar familiar. Y donde la posibilidad de arribar al punto de ruptura en el proceso de negociación es evaluada en términos del poder relativo de cada *jugador*, aunque también en función de la valoración de las contribuciones del otro al bienestar colectivo. Pero en esta conceptualización, referenciada en un contexto de gran subordinación femenina, el balance de poder siempre sería favorable al hombre.

Marqués sostiene que el núcleo fundamental de la construcción social del varón es la transmisión de la idea de que ser varón es *importante* y que –una constante histórica y cultural- hagan lo que hagan los varones, ello siempre se consideró importante. Pero de los dos modos de internalizar y experimentar este modelo ambiguo –bien como derecho adscripto al sexo, o bien como derecho a ser ganado-, el segundo remitiría a un *varón en precario*, potencialmente conflictivo con las mujeres que, inseguro de sus merecimientos, necesitaría convencerse de su superioridad sobre ellas (1997:24) Dada la escasa disponibilidad social de posiciones objetivas de poder –como las que detentan los exitosos *varones en propiedad*-, el mandato para la mayoría careciente de dones especiales sería “Como mínimo debo ser capaz de proteger, alimentar y orientar a una mujer y a los hijos que me dé” (Marqués 1997:23)

En lo que sigue se resumen resultados parciales de una investigación cualitativa que explora aspectos de género (comportamentales y subjetivos) implicados en las estrategias de

reproducción familiar en hogares de sectores populares del AMBA durante los '90 ². Interpretamos los discursos de los hombres ³ acerca de sus propias contribuciones y las de sus cónyuges, tratando de reflejar los sentidos y significados (de género) que ellos atribuyeron a las prácticas femeninas y algunos de sus mecanismos de resistencia simbólica.

Significados y sentidos del trabajo y el no-trabajo ¿varones en precario?

... en mi mente todavía está como que yo siempre fui el que estuvo afuera, el que proveía dinero y listo, o sea, las otras decisiones las tomaba el ama de casa. Pero ahora cada vez es menor la entrada de dinero, se ha perdido la dignidad de trabajar. Hace años atrás el padre de familia salía a trabajar, vivía de su sueldo...

En general los hombres utilizan el término *trabajo* para designar una ocupación estable, bien remunerada, con horario y a jornada completa, que se desempeña *afuera de la casa* y con la finalidad de proveer al bienestar familiar. De acuerdo a la valoración generalizada y a la experiencia pasada de algunos, se trataría de empleo asalariado formal (*blanqueado*) o del desempeño habitual de un *oficio* calificado, a demanda de una clientela con poder adquisitivo. Muy diferente entonces de los actuales contratos precarios (*trabajos mediocres*) y mal remunerados y de las *changuitas* y *rebusques*, raramente denominados *trabajo* y cuyo desempeño, aun cuando frecuente o habitual en la última década, no modifica la autclasificación como *desocupado* en búsqueda constante de *trabajo*. Búsqueda para la que parecen más adaptados los jóvenes y los trabajadores no calificados –habitados al empleo precario- y más limitados los maduros y calificados –algunos ya “trabajadores desalentados” que se perciben *definitivamente sin trabajo*, ya que *es preferible no salir a buscar porque te rechazan por la edad: ya sos descartable-*.

Lo que hacen las mujeres que *no trabajan* (trabajo intermitente, en domicilio, a tiempo parcial), como las *changuitas* masculinas, no parece ser clasificado como *trabajo* ni dar lugar a la investidura de proveedora. Esto aún cuando las actividades, *rebusques*, ideas y aportes de las cónyuges sean valorados en un contexto de escasez de recursos y de imposibilidad propia de obtenerlos en una medida suficiente ⁴. En síntesis, los hombres definen al trabajo desde sus propias experiencias, expectativas y reglas morales (¿y acaso podría ser de otra manera?) y por lo tanto nombran *trabajo* a aquello que hacen las mujeres cuando tales actividades se

² A fines del 2000 se aplicaron entrevistas individuales en profundidad –que incluyeron historias de vida focalizadas en las trayectorias familiares, laborales y conyugales- a ambos cónyuges en 12 hogares nucleares completos y a 10 jefas de hogares monoparentales.

³ A cuya comprensión e interpretación contribuyeron las entrevistas a mujeres y el análisis comparativo que integró la información de ambas fuentes para intentar reconstruir la dinámica familiar

acomodan a sus propios marcos interpretativos. En primer lugar y sobre todo, cuando se realiza fuera de la unidad doméstica (*ahora las mujeres salen a trabajar*) y especialmente si se trata de un empleo asalariado formal. Pero es precisamente el trabajo remunerado fuera de la unidad doméstica el más resistido por estos hombres y sólo aceptado para sus esposas bajo ciertas y determinadas circunstancias atenuantes. La principal, la *necesidad* que lo torna imprescindible, remite a la afirmación de Kandiyoti (1997) de que sólo los hombres ricos tienen el poder real para impedir el trabajo extradoméstico de sus esposas -y sugiere que los pobres lo harían si pudieran-. La dificultad para aceptar que no pueden evitarlo parecería responder no sólo a la resistencia a que la mujer *salga* y gane autonomía, sino también a la vergüenza o *incomodidad* de reconocer su pérdida de importancia como proveedor ⁵.

Escasos discursos sobre los *celos* de la juventud remitieron a la necesidad de controlar el cuerpo de las mujeres, una fuente de poder (reproductivo) femenino, pero no quedaron dudas del despliegue de mecanismos de control sobre su capacidad de trabajo (De Barbieri 1993). En esta investigación, como en otras, se recogieron múltiples testimonios del malestar masculino por no poder responder a las expectativas adscriptas a la identidad de proveedor. Un malestar que se incrementa si es la esposa quien asume el rol y, más aún, si sintiéndolo como una carga, ella reprocha al marido su incumplimiento o le atribuye responsabilidad por la falta de éxito (*ser quedado, bajar los brazos*).

Contrariamente, las mejores expresiones de valoración hacia la esposa estuvieron centradas en su inteligencia y delicadeza para *no hacer notar* que el dinero contribuido por el marido subempleado *no alcanzaba*. Al decir de Marqués (1997), lo que el varón “no soporta es, pues, la ausencia de énfasis, trascendencia de sus acciones y aun de su propia persona” (25) Así, “[...] la propuesta real del sistema [patriarcal] es que las mujeres desempeñen no sólo roles femeninos sino también, eso sí, discreta o clandestinamente, roles masculinos cuando los varones fallan o flojean en su desempeño [... pues] si el varón fuese muy consciente de sus carencias podría sentirse incómodo con el sistema. Él debe creer que cumple como varón y para ello basta con que la mujer en ocasiones cumpla por él sin hacerlo notar [...] todo lo que hacen las mujeres suele leerse como femenino, siempre que respeten la superioridad teórica del varón y no lo hagan a bombo y platillo; el bombo y el platillo son masculinos” (30)

⁴ Y aunque las mujeres de este estudio, como muchas mujeres pobres, lo hayan estado haciendo a lo largo de casi todo el curso de vida familiar (Geldstein 2004)

⁵ Ello se descubre no sólo en lo que se dice en este sentido sino también en las contradicciones, el uso de metáforas, la ocultación y las discrepancias con los datos aportados por las esposas. La falta de espacio nos

Pocos aceptarían que la esposa salga a trabajar para su propio desarrollo, *por gusto* personal ⁶, y sólo si ello no significara una interferencia con sus obligaciones –*lógicas* y prioritarias- como madre. En estos discursos –opuestos al trabajo de la esposa fuera del hogar- descubrimos reglas morales sobre el cuidado de los hijos y sobre la obligación del padre de protegerlos y de proteger a la madre que los cuida ⁷. Pero también rechazo/disgusto a asumir trabajo reproductivo en su reemplazo, y referencias a constricciones reales –la dificultad para compatibilizar dos horarios exigentes cuando ambos cónyuges trabajan y hay niños que cuidar y escasez de ayuda reproductiva-. Lo que remitiría a una lógica de la división del trabajo en la pareja conyugal de sectores populares –ciertamente compartida por algunas mujeres-, que tendería a apoyar la especialización de quien tiene mejores oportunidades laborales (y que solía ser el hombre) (Ferrée 1984); y también a reafirmar el ámbito “tradicional” de poder (doméstico) femenino (De Barbieri 1993). De allí la atribución a las esposas de *que se quedarían con gusto en su casa* si no necesitaran *trabajar*. Por este motivo, y ante la necesidad innegable, el ingreso que ellas pueden generar desde su casa -mediante actividades que por realizarse en ese ámbito y por ser típicamente femeninas no se denominan *trabajo*-, constituye un recurso mejor reconocido y una contribución valorada por los hombres. La categoría de *administradora* del presupuesto familiar –la contribución sin duda más valorada por los hombres (Geldstein 2004)- se asocia a dichas prácticas, revelando su múltiple funcionalidad como uno de los principales mecanismos de afrontamiento y resistencia simbólica a la amenaza de la negación de su identidad dominante.

*No, no [me incomoda que atienda el kiosco] porque está acá dentro de la casa. Ahora si tiene que salir es otra cosa, o tiene que ir a otra parte. Ahí no me gusta. Estando acá... No, porque está en su propia casa. Hace de cuenta que es de ella, que **administra** ella nomás. Ese es el motivo...*

Cuando su propio aporte monetario al presupuesto familiar es muy bajo o nulo los hombres parecerían preferir no conocer el monto total o la composición del gasto (en otras palabras, parecen desconocer cuánto dinero necesita la unidad doméstica para su reproducción y *de dónde sale* lo que falta). Mediante la atribución –y valoración- del rol de administradora a la esposa ellos en realidad le estarían transfiriendo la responsabilidad de hacer que el dinero alcance: o bien hacer milagros con los recursos escasos que recibe o bien arreglárselas para

impide citar aquí a las diversas autoras que escribieron acerca de las resistencias masculinas al empleo remunerado de las cónyuges (ver Geldstein 2004)

⁶ Y lo cierto es que raramente estas mujeres han tenido la oportunidad de decidir trabajar sólo por gusto o como una forma de realización de sus propias potencialidades. Lo cual no niega el surgimiento de esta motivación después del ingreso al mercado.

⁷ Aunque el deseo de paternidad fue escasamente mencionado como proyecto personal previo al matrimonio.

obtener lo que falte; pero ello sin reconocerle el rol de proveedora de recursos. El discurso masculino utiliza así un *lenguaje encantado* (Bourdieu 1991) que endiosa a la mujer en el rol de administradora o gestora y agente del consumo (rol reproductivo=no trabajo), al tiempo que le niega la identidad no sólo de proveedora sino también de trabajadora. Al *entregar todo el sueldo* a la mujer, para que ella lo invierta en el bienestar familiar, *confiando* en su buen tino para *administrar*, el lenguaje masculino encantado y altruista resalta la propia generosidad ocultando el propio interés ⁸.

Conclusión

Los hombres reconocen más abiertamente el desempeño de la esposa como administradora de los ingresos que su rol como generadora de recursos económicos. El problema no es entonces que la mujer genere ingresos –siempre que lo haga de manera discreta, en su casa o en el barrio y haciéndose pasar por *administradora*- el problema es que *trabaje* porque ésa es una actividad masculina que implica salir de la casa y usurpar la investidura de proveedor(a).

¿Se trata de un resabio de cuando estos hombres realmente podían proveer, y por lo tanto de habitus incorporados a través de la experiencia personal, cuya actuación o expresión actual expresa un rezago cultural respecto del cambio en las condiciones objetivas? ¿Son representaciones sociales instituidas e instituyentes que vienen de más lejos –y van más allá- de la experiencia singular?

El trabajo femenino más negado y más resistido es el que, precisamente, es significado como trabajo. Ello parece constituir una forma de control simbólico sobre las capacidades de las mujeres, la única que pueden ejercer los hombres desempoderados y que no desean o no pueden ejercer la violencia de género contra la esposa.

Cuando el hombre niega o se opone al trabajo remunerado de la mujer fuera de la unidad doméstica es porque ello constituye un hecho doloroso, pues torna visible, inocultable e innegable el hecho de que la mujer trabaja y por lo tanto la propia insuficiencia como proveedor. Que el varón sea o se sienta importante por su rol de proveedor parece ser una de las formas en que la sociedad se asegura su reproducción, porque el padre de familia tiene así un aliciente para esforzarse en obtener los recursos necesarios. De la misma manera que la

⁸ El lenguaje encantado, que no reconoce el interés implícito en los intercambios, propio de sociedades donde el campo económico

mujer se esfuerza en el desempeño de las tareas reproductivas porque la sociedad, al endiosar a la madre, a la reina del hogar, al otorgarle identidad, autonomía y poder en su lugar de subordinación, la hace sentir importante por ello.

Colaborar con sus esposos al ocultamiento de la sustitución que ellas hacen al proveer, es una contribución especialmente importante de las mujeres al mantenimiento de la necesaria autoestima masculina en una época en que los hombres parecen haber perdido importancia para el mercado.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, P. (1988) De la regla a las estrategias. En *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa. Cap. II: Confrontaciones, (pp. 67-82)

Bourdieu, P. (1991) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

Bourdieu, P. (1998) Appendix: The Family Spirit. En *Practical Reason*, Cambridge: Polity Press, Cap. 3 (64-74)

De Barbieri, Teresita (1993), Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica, *Debates en Sociología* N° 18, Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Ciencias Sociales (2-19)

Ferrée, Myra Marx (1984). "The view from below: Women's Employment and Gender Equality in Working Class Families". *Marriage and Family Review*, vol. 7 (57-75)

Friedan, Betty (1997). *Beyond Gender. The New Politics of Work and Family*, editado por Brigid O'Farrell. Washington, D.C., Baltimore y Londres: The Woodrow Wilson Center Press y The Johns Hopkins University Press.

Geldstein, Rosa N. (1994). *Los roles de género en la crisis: Mujeres como principal sostén económico del hogar*. Buenos Aires: CENEP y UNICEF. Cuadernos del CENEP N° 50.

Geldstein, R. N. (2001) *Labor- and non-labor market coping strategies in Argentina*, Informe final de consultoría al Banco Mundial, Buenos Aires: CENEP (*mimeo*)

Geldstein, R.N. (2004) De "buenas" madres y "malos" proveedores. Género y trabajo en la reestructuración económica. *Revista Subjetividad y procesos cognitivos*, número 5: *Género, Trabajo y Familia*, abril (126-155).

Gutiérrez, Alicia. (1997) *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Córdoba: Co-edición Dirección Nacional de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba y Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, colección Cátedra.

no se encuentra completamente estructurado (a diferencia del lenguaje desencantado utilizado en las relaciones capitalistas de mercado) es el lenguaje típico de las relaciones familiares (Bourdieu 1991, 1998)

Kandiyoti, Deniz (1997). "Bargaining with Patriarchy". En N. Visvanathan (coord.), L. Duggan, L. N. Nisonoff y N. Wiegiersma (eds). *The Women, Gender and Development Reader*. Londres y Nueva Jersey: Zed Books, University Press, White Lotus, Fernwood Publishing, and David Philip (86-92).

Marqués, Josep-Vicent (1997), Varón y patriarcado. En Valdés, T. Y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las mujeres N° 24* . Santiago: Isis Internacional y FLACSO Chile.

Sen, Amartya K., 1990. Gender and Cooperative Conflict. En Tinker, I. (ed.) *Persistent Inequalities: Women and World Development*. New York: Oxford University Press (123-49)